

que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesinos! ¡oh mal ferido Durandarte! ¡oh sin ventura Belerma! ¡oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos!" Con grande atencion escuchaban el primo y Sancho las palabras de Don Quijote, que las decia como si, con dolor inmenso, las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese á entender lo que decia, y les dijese lo que en aquel infierno habia visto. "¿Infierno le llamais? dijo Don Quijote; pues no le llameis así, porque no lo merece, como luego vereis." Pidió que le diesen algo de comer, que traia grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba; acudieron á la despensa de sus alforjas, y, sentados todos tres en buen amor y compañía, merendaron y cenaron, todo junto. Levantada la arpillera, dijo Don Quijote de la Mancha: "No se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos."

de las admirables cosas que el extremado Don Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.

Las cuatro de la tarde serian, cuando el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos, dió lugar á Don Quijote para que, sin calor y pesadumbre, contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos habia visto; y comenzó en el modo siguiente:

"Á obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano, se hace una concavidad y espacio, capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio ví yo, á tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme, pendiente y colgado de la sogá, caminar por aquella oscura region abajo, sin llevar cierto ni determinado camino; y así, determiné entrarme en ella, y descansar un poco. Dí voces, pidiéndoos que no descolgádes mas sogá hasta que yo os lo dijese; pero no debistes de oirme. Fui recogiendo la sogá que enviábades, y, haciendo della una rosca ó rimeró, me senté sobre él, pensativo además, considerando lo que hacer debía para calar al fondo, no teniendo quién me sustentase; y estando en este pensamiento y confusion, de repente, y sin procurarlo, me saltó un sueño profundísimo; y, cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté dél, y me hallé en la mitad del mas bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y ví que no dormia, sino que realmente estaba despierto.

CAPÍTULO XXIII.

de las admirables cosas que el extremado Don Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.

Las cuatro de la tarde serian, cuando el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos, dió lugar á Don Quijote para que, sin calor y pesadumbre, contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos habia visto; y comenzó en el modo siguiente:

"Á obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano, se hace una concavidad y espacio, capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio ví yo, á tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme, pendiente y colgado de la sogá, caminar por aquella oscura region abajo, sin llevar cierto ni determinado camino; y así, determiné entrarme en ella, y descansar un poco. Dí voces, pidiéndoos que no descolgádes mas sogá hasta que yo os lo dijese; pero no debistes de oirme. Fui recogiendo la sogá que enviábades, y, haciendo della una rosca ó rimeró, me senté sobre él, pensativo además, considerando lo que hacer debía para calar al fondo, no teniendo quién me sustentase; y estando en este pensamiento y confusion, de repente, y sin procurarlo, me saltó un sueño profundísimo; y, cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté dél, y me hallé en la mitad del mas bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y ví que no dormia, sino que realmente estaba despierto.

Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos, por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacia, me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego á la vista un real y suntuoso palacio ó alcázar, cuyos muros y paredes parecian de trasparente y claro cristal fabricados, del cual, abriéndose dos grandes puertas, ví que por ellas salia, y hácia mí se venia, un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba: ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial, de raso verde; cubríale la cabeza una gorra milanese, negra, y la barba, canisima, le pasaba de la cintura; no traia arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los *dieces*, asimismo, como huevos medianos de avestruz; el continente, el paso, la gravedad y la anchisima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas, me suspendieron y admiraron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo fué, abrazarme estrechamente, y luego decirme: Luengos tiempos há, valeroso caballero Don Quijote de la Mancha, que, los que estamos en estas soledades encantados, esperamos verte, para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la *Cueva de Montesinos*: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazon y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarisimo, que te quiero mostrar las maravillas que este trasparente alcázar solapa, de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpétua, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre.—Apenas me dijo que era Montesinos, cuando le pregunté si fué verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba, que él habia sacado de la mitad del pecho, con una pequeña daga, el corazon de su grande amigo Durandarte, y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme, que en todo decian verdad, sino en la daga, porque no fué daga, ni pequeña, sino un puñal buido, mas agudo que una lezna.—Debía de ser, dijo á este punto Sancho, el tal puñal, de Ramon de Hoces el Sevillano.—No sé, prosiguió Don Quijote; pero no seria dese puñalero, porque Ramon de Hoces fué ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, há muchos años; y esta averiguacion no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia.—Así es, respondió el primo; prosiga vuesa merced, señor Don Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo.—No con menor lo cuento yo, respondió Don Quijote; y así digo, que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde, en una sala baja, fresquisima sobre modo, y toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol, con gran maestría fabricado, sobre el cual ví á un caballero, tendido de largo á largo, no de bronce ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenia la mano derecha (que, á mí parecer, es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazon; y antes que preguntase nada á Montesinos.

viéndome suspenso, mirando al del sepulcro, me dijo: Este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo; tiénele aquí encantado, como me tiene á mí, y á otros muchos y muchas, Merlin, aquel francés encantador, que dicen que fué hijo del diablo; y lo que yo creo es, que no fué hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto mas que el diablo. El cómo ó para qué nos encantó, nadie lo sabe; y ello dirá, andando los tiempos, que no están muy lejos, segun imagino. Lo que á mí me admira es, que sé tan cierto como ahora es de día, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que, despues de muerto, le saqué el corazon con mis propias manos; y en verdad que debía de pesar dos libras, porque, segun los naturales, el que tiene mayor corazon es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño. Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y suspira de cuando en cuando, como si estuviese vivo?—Esto dicho, el misero Durandarte, dando una gran voz, dijo:

¡Oh mi primo Montesinos!  
lo postrero que os rogaba,  
que cuando yo fuere muerto,  
y mi ánima arrancada,  
que lleveis mi corazon  
adonde Belerma estaba,  
sacándomele del pecho,  
ya con puñal, ya con daga.—

Oyendo lo cual el venerable Montesinos, se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y, con lágrimas en los ojos, le dijo: Ya, señor Durandarte, carísimo primo mio, ya hice lo que me mandastes en el aciago día de nuestra pérdida; yo os saqué el corazon, lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho; yo le limpié con un pañizuelo de puntas; yo partí con él, de carrera, para Francia, habiéndoo primero puesto en el seno de la tierra, con tantas lágrimas, que fueron bastantes á lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenían, de haberos andado en las entrañas; y por mas señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé, saliendo de Roncesvalles, eché un poco de sal en vuestro corazon, por que no oliese mal, y fuese, si no fresco, á lo menos amojamado, á la presencia de la señora Belerma, la cual, con vos y conmigo, y con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera, y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos, nos tiene aquí encantados el sábio Merlin, há muchos años; y, aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros; solamente falta Ruidera, y sus hijas y sobrinas, las cuales, llorando, por compasion que debió de tener Merlin dellas, las convirtió en otras tantas